

MANUEL ZAMORA
CARRANZA

EL
CRIMEN
DE
LARA

PERSONAJES

Abdel Salam ben Hadi, físico y boticario del castillo de Lara, conocido como Benadí.

Alvar Gutiérrez, alcaide el castillo de Lara.

Andregoto Ruiz, esposa del regidor de la villa de Lara, Martín Domínguez.

Anwar ibn-Ahmed al-Afif, colega de Benadí albergado en el castillo de Lara.

Assur Fernández, conde de Monzón y de Castilla.

Beltrán, sacristán de la capilla del castillo de Lara.

Benadí, nombre castellanizado de Abdel Salam ben Hadi.

Blanca Álvarez, hija mayor del alcaide de castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Constanza, joven aldeana enajenada.

Domingo López, sacerdote beneficiado que atiende la capilla del castillo de Lara.

Dulce, dueña de las hijas del alcaide del castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Elvira Méndez, esposa del alcaide del castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Fernán González, conde de Lara y de Castilla.

Flaín Gómez, labriego, padre de Constanza y de la sirvienta Inés.

Gelmiro, cocinero jefe del castillo de Lara.

Gonzalo Martínez, hijo del regidor de la villa de Lara, Martín Domínguez.

Inés, camarera del castillo de Lara.

Jimena Martínez, hija del regidor de la villa de Lara, Martín Domínguez.

Lambra Álvarez, hija menor del alcaide de castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Lope Fortúnez, caballero extrañado en el castillo de Lara, primo de Suero Fortúnez.

Martín Domínguez, regidor de la villa de Lara.

Mendo García, bolsero o tesorero del castillo de Lara (recaudador y administrador).

Munio Sánchez, caballero de la guarnición del castillo de Lara.

Pedro Álvarez, hidalgo y visitante asiduo del castillo de Lara.

Pedro López, caballero de la guarnición del castillo de Lara.

Rodrigo Rodríguez, condestable o jefe de la guarnición del castillo de Lara.

Sancha Sánchez, esposa del conde de Lara, Fernán González.

Sanchillo, joven criado de Benadí.

Suero Fortúnez, caballero extrañado en el castillo de Lara, primo de Lope Fortúnez.

Tello Ruiz, claverero o pitancero del castillo de Lara (mayordomo e intendente).

Crónica de Lara

I En el nombre de Nuestro Redentor se inicia aquí la crónica del alfoz ^[1] de Lara durante el tiempo en que inició su gobierno el conde Fernán González, hasta su encarcelamiento por el rey de León, Ramiro II. En ella se mostrarán algunas de las cosas que ocurrieron en ese periodo de tiempo, tal como han sido vividas y han sido oídas; teniéndolas a todas ellas como verdaderas y respaldadas por el buen nombre del autor de esta crónica, Pedro Álvarez.

II Cuentan los antiguos que Fernán González nació en el castillo de Lara el año del Señor novecientos diez, hijo de Gonzalo Fernández, conde de Burgos y de Castilla, y de su mujer Muniadona. El niño, junto a su hermano Ramiro, creció en el temor de Dios, rodeado del cuidado de sus ayos y de las atenciones de sus criados. El año novecientos treinta y uno, heredó el título de conde de Lara y, a partir de ese momento, llegó a ser señor de Burgos, de Lantarón, de Cerezo, y de Álava. Finalmente, fue nombrado conde de Castilla por el rey Ramiro de León. Fue un buen gobernante, franco, activo y pacífico con sus vasallos. En su tiempo atrajo al alfoz de Lara a muchos hombres poderosos y repobló sus campos con campesinos atraídos por la concesión de alodios ^[2]

III El conde Fernán González casó con Sancha Sánchez, hija de Sancho Garcés, rey de Pamplona, y la influyente reina Toda Aznárez. Sancha había estado casada antes con el rey de León, Ordoño II, y con el conde alavés Álvaro Herrameliz, con ninguno de los cuales tuvo descendencia. Su matrimonio con Fernán González se vio bendecido por cuatro hijos y tres hijas, una de las cuales, Urraca, casó con el rey de León, Ordoño IV, y, tras la muerte de éste, lo hizo con Sancho Garcés II, rey de Navarra.

IV En la primavera del año novecientos treinta y tres, el conde Fernán González fue informado de que un gran ejército musulmán avanzaba por el camino de Medinaceli, amenazando a las plazas castellanas de Osma y San Esteban de Gormaz. El conde se preparó inmediatamente para desbaratar la aceifa^[3], mientras que sus mensajeros partían presurosos a León, para avisar al rey Ramiro. Mientras el rey reunía sus huestes, el ejército del califa Abderramán saqueó toda Castilla, llegó hasta Navarra, donde consiguió el vasallaje de la reina Toda, y terminó incendiado Burgos. En sus correrías, los sarracenos tuvieron que soportar multitud de emboscadas y ataques repentinos por parte de los cristianos, siendo el más importante el choque de Hacinas^[4] protagonizado por el conde Fernán González y sus huestes.

V Cuando la aceifa volvía hacia *Al-Andalus*, se encontró ante los muros de Osma con el ejército que había logrado reunir el rey de León. La lucha fue tremendamente dura y finalizó con una rotunda victoria de las tropas leonesas, que tomaron miles de prisioneros. En su huída, los musulmanes abandonaron todo el botín que habían conseguido durante su prolongada incursión en tierras castellanas. La actuación del conde Fernán González en esta campaña impresionó tanto a sus vasallos que lo tomaron como paladín de su seguridad y el propio rey Ramiro, convencido de las virtudes militares del joven conde, le renovó su favor y lo confirmó en su importante cometido de gobernar el condado oriental de su reino.

VI Tras la batalla de Osma se produjo una etapa relativamente pacífica, con constantes y sangrientas incursiones y toda clase de correrías en las zonas fronterizas. Durante ese tiempo, el rey Ramiro ayudó a la sublevación que hubo en Zaragoza contra el emir cordobés y fortaleció las milicias de todos sus reinos, gallegos, astures, leoneses y castellanos y consiguió una importante alianza con la reina Toda de Navarra. Por otra parte, el año del Señor novecientos trein-

ta y nueve, Abderramán III, al-Nasir^[5], para vengarse del apoyo leonés a los sublevados de la Marca Mayor^[6], armó un ejército de más de cien mil hombres e inició la que llamó la campaña del Supremo Poder contra el orgulloso reino de León. En el verano de aquel año, los dos ejércitos se enfrentaron en los alrededores de la ciudad de Simancas, donde se dio una cruenta batalla que finalizó con la victoria cristiana y la fuga precipitada del propio califa y los restos de su armada. En la persecución que iniciaron los leoneses, aún tuvieron ocasión de infringirle a los sarracenos gravísimas pérdidas en la escaramuza de Alhandega.

VII La victoria conseguida en Simancas fue, sin ninguna duda, la más importante que habían conseguido los reinos cristianos contra los invasores islámicos desde la batalla de Rocesvalles. Su fama se extendió por todos los reinos de occidente y con ella la de los capitanes que la hicieron posible, como el propio rey Ramiro y los condes Fernán González y Assur Fernández. La frontera se desplazó desde el río Duero hasta el río Tormes y en esa zona se repoblaron muchas ciudades, como Salamanca, Sepúlveda y Ledesma, y todos sus campos. El califa descargó su derrota en sus oficiales y crucificó a varios centenares de ellos acusados de traición. Al-Nasir nunca volvió a dirigir su ejército en el campo de batalla.

VIII El prestigio conseguido por Fernán González en la batalla fortaleció su deseo de engrandecer su condado y comenzó a tomar decisiones sin conocimiento del rey. Éste, por su parte, entró en sospechas de que el conde deseaba separarse del reino de León, expandiéndose hacia el sur. Para evitar éste último afán, Ramiro creó al suroeste del territorio de Castilla el nuevo condado de Monzón, que cedió al fidelísimo y esforzado Assur Fernández. El Conde de Castilla consideró la creación de ese nuevo condado como una limitación a su posible expansión hacia las tierras de

Extremadura, por lo que se sintió fuertemente agraviado e inició el proceso de convertir su condado en hereditario.

IX El enfrentamiento entre el Rey Ramiro y el conde Fernán González se resolvió cuando el primero convocó al segundo a una reunión para tratar sus diferencias. El conde asistió a la reunión y se vio sorprendido al ser detenido por orden del rey y encarcelado en una de las torres de León. La noticia llegó a Castilla con el nuevo conde nombrado por Ramiro, que no era otro que Assur Fernández, el cual inmediatamente tomó las medidas precisas para contener cualquier muestra de apoyo popular a favor de su buen señor Fernán González.

XI El encarcelamiento del conde provocó una gran tristeza en todo el alfoz de Lara, que organizó rogativas por su liberación, y se mantuvo esperanzado en que la valía y la capacidad de su príncipe le llevarían finalmente a conseguir su libertad y su reposición en el condado. Durante esa época oscura de ausencia del buen conde, en su castillo de Lara sucedió un acontecimiento que llegó a conocerse en todos los reinos como el crimen de Lara. Debido a que el autor de esta crónica fue testigo de lo sucedido, tratará de describirlo con todo detalle en lo que sigue.

Capítulo I

Lunes, 13 de noviembre de 943^[7]

Abdel Salam ben Hadi, físico^[8] y boticario mahometano del castillo de Lara, se encontraba operando sobre la mesa de piedra que presidía su estancia de trabajo. Actuaba de forma rápida, precisa y con una delicada seguridad que le confería a sus movimientos un nivel de afectación muy característico. En ese momento, contemplaba con atención el goteo del destilado que caía de la boca de la retorta al frasco de recogida y, cuando comprobó que éste se encontraba suficientemente lleno, lo retiró. Con diligencia se protegió las manos con sendos paños y, levantando la retorta del

atanor^[9], la depositó sobre un cesto dispuesto en la mesa de piedra de forma que sus gotas cayeran en el recipiente de los residuos. Cogió el frasco que había llenado, lo tapó con un corcho y lo selló aprovechando el lacre que iba fundiendo con la ayuda de una vela encendida. Hecho esto, escribió algo en un pequeño papel que pegó con cola arábiga al recipiente, se acercó a un armario apoyado contra la pared y, abriéndolo, depositó el frasco en su interior con sumo cuidado. Finalmente, cerró el armario con una de las llaves que colgaban de su cinturón.

Una vez terminadas todas esas operaciones, el boticario se volvió hacia su acompañante, que lo había estado observando con suma atención, y le dijo con ese tono casi triunfal que expresa la satisfacción por el trabajo bien hecho:

- Bueno, mi buen amigo, por el olor que se extiende en la estancia debo aceptar que vuestra receta es magnífica y el aroma obtenido es consistente y muy delicado.

La respuesta no se hizo esperar. Anwar ibn-Ahmed al-Afif – que era el nombre de su acompañante – aseguró en tono adulator:

- Realmente habéis realizado mis indicaciones con tanta destreza y fortuna, que ni yo mismo hubiera podido hacerlo mejor.

ben Hadi, o mejor Benadí como era conocido en Castilla, lo miró de reojo y, esbozando una taimada sonrisa, añadió:

- Os agradezco vuestra lisonja, que tomo más como una prueba de amistad que de competencia. De cualquier manera, la fórmula ha sido realizada satisfactoriamente y espero que la dama para la cual la he llevado a cabo quede plenamente satisfecha. Siempre es de temer la reacción de las señoras ante cualquier novedad, y este perfume lo es.

- Si tiene valor mi experiencia, - apostilló Anwar - puedo aseguraros que muchas damas de Zaragoza han disfrutado usando el perfume que acabáis de producir.

Benadí se acercó de nuevo a la retorta y cuidadosamente la palpó para comprobar que se había enfriado lo suficiente. Entonces cogió un tapón de piel y selló fuertemente su boca. Terminada esta operación, se volvió a su joven criado, que había permanecido en un rincón medianamente atento a las acciones y a las palabras, ordenándole:

- Sanchillo, corre, abre todas las ventanas.

El criado comenzó a realizar la operación cuando Anwar se dirigió a su colega con la voz un tanto alterada:

- Pero... ¿cómo es posible que ordenéis abrir las ventanas con el frío que hace? ¡Nos vamos a congelar!

- No temáis, que peor es soportar la humedad y la oscuridad de las mazmorras. Debéis saber que muchos clérigos cristianos son completamente opuestos al uso de los perfumes, pues estiman que au-

mentan la lascivia tanto de los que los usan como de los que los huelen, acrecentando el peligro de dejarse llevar por el dulce pecado del amor. Naturalmente, el alcaide del castillo castigará a todo aquel que contradiga las normas dictadas por el capellán, que pertenece, convencido, a los clérigos enemigos de los aromas artificiales. A propósito, para disimular aún más el olor que flota en el ambiente, quemaré un poco de azufre para que produzca otro efluvio infernal que, junto con el perfume, haga irreconocible el olor del aposento.

Dicho esto, Benadí, tomó un poco de polvo amarillo de un tarro que estaba sobre la mesa de piedra y lo echó con cuidado sobre las brasas del atañor. Inmediatamente, se expandió por el aire un tufo sulfuroso inconfundible y muy desagradable. Anwar, sin ocultar su sorpresa, comentó con su compañero:

- Y decidme, mi docto colega, ¿cómo reaccionan las damas del lugar ante esa curiosa prohibición?

Benadí meditó un momento la respuesta y, tras agitar los brazos en el aire para esparcir la desagradable humareda que acababa de producir, añadió con una lentitud y una sorna estudiadas:

- Como cabría esperar de tan delicado sexo, las damas mayores siguen al pie de la letra las indicaciones del capellán y les sirven de confidentes. Pero las más jóvenes utilizan estos aromas, unas moderadamente, pero hay otras que se echan con todo descaro en los brazos del temible diablo odorífero.

- Y a esas últimas damas tan arriesgadas ¿qué les pasa?

El boticario amplió aún más su sonrisa y con una mirada de socarronería le confesó a su acompañante:

- Pues nada, que huelen bien y todos disfrutan de su fragancia. Como mucho, pueden llegar a convertirse en protagonistas de algunas habladurías maliciosas.

Algo desconcertado, Anwar ignoró la última respuesta por considerarla una chanza de su amigo, y continuó tratando de establecer una línea lógica de razonamiento en la conversación que mantenían

- Lo que he visto y lo que me contáis me confunden sobremanera. Decidme, mi buen Salam, en esta fortaleza no debe abundar el agua y, por tanto, las abluciones que requiere el aseo corporal no deben hacerse con mucha frecuencia. ¿Cómo, entonces, disimulan los olores que desprende el cuerpo, sobre todo en verano?

El *hakim*^[10] del castillo se sintió sorprendido por la deriva que tomaba la conversación ante el comentario de su invitado. Pensó que la atrevida apreciación de su colega acerca de la higiene de los habitantes de la fortaleza podía esconder una crítica negativa hacia los mismos. Sin embargo, tras un breve análisis y considerando su reciente llegada, concluyó que sólo trataba de conocer los hábitos de los castellanos con los que habría de convivir, por lo que le contestó pausadamente:

- Existen algunas soluciones parciales, aunque la verdad es que sus resultados son muy pobres. Por ejemplo, guardan sus ropas junto con hierbas aromáticas que les transmiten un tenue perfume, o bien se frotan el cuerpo con esas mismas hierbas. Las damas usan con frecuencia la poma, que es una bola metálica perforada y repujada que llenan de sustancias fragantes, como el sándalo, la mirra o el almizcle y que la llevan colgando de la cintura. De todas formas, lo cierto es que la presencia de los habitantes de la fortaleza se detecta con mucha frecuencia por el sentido del olfato.

Anwar sonrió ante la desenfadada explicación de su colega. Pero no estaba dispuesto a ceder en la crítica iniciada hacia los que creía infieles. Era un creyente convencido y riguroso de la doctrina de Mahoma y le costaba mucho no considerar rivales a aquellos gentiles tan altivos como seguros. Además, en el escaso tiempo que llevaba junto al físico de Lara, le había parecido que estaba demasiado adaptado a las costumbres y a la mentalidad de los cristianos, con posible abandono de la ortodoxia islámica. Toda la conversación iba desarrollándose con fluidez y afabilidad pero, en aquel momento, Anwar trató de comprobar sus temores sobre la actitud religiosa de Benadí, para lo cual extendió su juicio más allá del mero aspecto físico:

- No dejan de sorprenderme estos cristianos, tan atentos siempre a la pureza espiritual y tan dados a descuidar su limpieza externa.